

El catecismo, ¿un género literario para el siglo XXI?

Juan Carlos Carvajal Blanco
U.E. San Dámaso (Madrid)

El presente artículo está motivado por una cuestión simple: ¿el género “catecismo” tiene sentido para el siglo XXI?¹ Esta cuestión recoge las dudas que asaltan a los catequistas en muchas ocasiones cuando acometen la tarea de transmitir la fe; pero también se hace eco de las discusiones, no exentas de polémica, que han mantenido los teólogos y pastoralistas en los últimos decenios acosta del tema. Estas discusiones se avivaron de un modo especial con motivo de la publicación, hace ahora poco más de veinticinco años, del *Catecismo de la Iglesia Católica*². Los apasionados debates que entonces se mantuvieron, y aún hoy se mantienen, respecto al “catecismo” no pueden ser comprendidos como solo referidos a la utilización o no de un instrumento en la catequesis; algo más debe estar en juego para que las discusiones sean tan encendidas.

Nuestra intención es acercarnos a la problemática esbozando, brevemente, los argumentos más significativos que se esgrimieron con ocasión de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Ciertamente, la polémica surgida en torno al *Catecismo* tiene su prehistoria, la cual se refiere a la concepción moderna del género catecismo y la evolución del llamado movimiento catequético, las orientaciones catequéticas emanadas del Vaticano II y la conferencia del cardenal Ratzinger impartida en 1983 en Lión y París. La simple evocación de los debates surgidos en torno al *Catecismo de la Iglesia Católica* nos permitirá acceder al núcleo esencial de la problemática que arrastra nuestro tema.

1 El presente trabajo ha sido publicado en francés, su título y referencias son las siguientes: “Le catéchisme, un genre littéraire pour le XXI^e siècle?: *Communio* 44 (2019) 91-107.

2 Para lo que sigue citaremos su sigla: *Catechismus Catholicae Ecclesia* (= CCE).

Una vez que hayamos levantado acta de las dificultades que rodean al “género catecismo”, trataremos de darles respuesta por argumentos que proceden de la teología de la revelación y de la fe. Esta ampliación del foco desde la perspectiva de la teología fundamental nos llevará a comprender y valorar “el catecismo” como acto del Magisterio al servicio de la fe del Pueblo de Dios. Es a partir de estas reflexiones que nuestro trabajo responderá, de un modo directo, a la cuestión que ha motivado el presente estudio y señalará el lugar del catecismo en la catequesis e indicará algunos “buenos” usos del catecismo en la actividad catequizadora de las Iglesias particulares.

I. Esbozo de la problemática

La historia de la evangelización y de la catequesis, que es la historia de la propia Iglesia, va unida a los textos de la fe³. Los mismos evangelios son concebidos como escritos al servicio de la enseñanza y fundamentación de la fe de los discípulos de Cristo. La intención que dirigió a san Lucas a la hora de escribir su evangelio: “para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido” (cf. *Lc* 1, 4), está en la base de muchos textos que han servido para dar testimonio y transmitir la fe cristiana a las generaciones que se han sucedido en la bimilenaria historia de la Iglesia. De un modo especial, destacan las catequesis de los Padres, las cuales eran impartidas bien como preparación al bautismo (catequesis bautismales), bien como explicitación de los misterios en los que los neófitos habían sido introducidos por los sacramentos (catequesis mistagógicas). Entonces había una clara distinción entre los textos y el catecumenado, esto es, el camino iniciático que había que seguir para llegar a ser cristiano (*CCE*, nn. 1229-1230).

3 Para lo que sigue cf. J.M., *Un catecismo para la Iglesia universal. Historia de la iniciativa desde su origen hasta el Sínodo Extraordinario de 1985* (Ed. Universidad de Navarra, Pamplona 1987); C. BISSOLI, *et alii*, *Il catechismo ieri e oggi. Studi sul significato dei catechismi nel passato e nel presente della catechesi della Chiesa* (Eledici, Leumann [To] 1987); M. SIMON, *Un Catéchisme Universel pour l'Eglise Catholique. Du concile de Trente à nos jours* (University Press – Uitgeverij Peeters, Leuven 1992); A. AMATO, «Il catechismo: dalle origini al CCC», en: A. AMATO, *et alii* (a cura di), *La catechesi al traguardo. Studi sul Catechismo della Chiesa Cattolica* (LAS, Roma 1997) 11-26; J. MOLINARIO, *Le catéchisme, une invention moderne. De Luther à Benoît XVI* (Bayard, Paris 2013); G. BIANCARDI, «Il Catechismo della Chiesa Cattolica nella storia dei catechismi. Uno sguardo storico sintetico», en: R. FISICHELLA (a cura di), *Catechismo della Chiesa Cattolica. Testo integrale. Nuovo commento teologico-pastorale* (Libreria Editrice Vaticana – Edizioni San Paolo, Città del Vaticano – Milano 2017) 773-798.

Será, sin embargo, a partir del siglo XVI, donde nacerá propiamente “el género catecismo”. Catecismos como los de Lutero, Calvino, Canisio, Belarmino, Ripalda... tuvieron una extraordinaria difusión. A partir de entonces se da un solapamiento de significado. El término “catecismo” viene a ser comprendido «tanto como forma de instrucción religiosa elemental o sistemática, como libro o compendio de la doctrina»⁴. Este solapamiento resulta comprensible en una época en “régimen de cristiandad”. En este largo periodo de la historia cultural y religiosa de Europa, con independencia de la confesión eclesial que se profesara, el dispositivo para hacer cristianos estaba derivado al ámbito social, cultural y político marcado por el sello cristiano. La instrucción religiosa que se realizaba por medio del “catecismo” –dispositivo pastoral de la Iglesia– trataba de salir al paso de la ignorancia del pueblo cristiano. La enseñanza de la doctrina cristiana venía a completar una iniciación en la vida cristiana que, en realidad, se realizaba en el ámbito social (calendario festivo, religiosidad popular, normativas civiles...).

1. Concepción moderna de los catecismos

El nacimiento y evolución del “catecismo” desde el siglo XVI hasta mediados del XX está marcado por el contexto religioso, social, cultural y político en el que se desenvuelve la vida de las Iglesias. Por solo centrarnos en la Iglesia católica, en torno al catecismo (tanto texto como momento de instrucción) encuentran eco todas las controversias a las que la Iglesia se enfrenta.

Así, si en el inicio, bajo el estímulo de los decretos del concilio de Trento y la publicación del Catecismo Romano (*Catechismus ad parochos*)⁵, “el género catecismo” nace para hacer frente a la ignorancia religiosa de los adultos o para instruir a los niños en la fe cristiana; muy pronto la elaboración de los catecismos van asumiendo un tono apologético que busca responder a los

4 E. ALBERICH, «Catequesis», en: J. GEVAERT, *Diccionario de catequética* (Ed. CCS, Madrid 1987) 154. Sobre “el catecismo” como espacio y método de instrucción cf. E. GERMAIN, «Catecismo (institución)», en: *Ibidem*, 138-139.

5 Cf. M. SIMON, *Un Catéchisme Universel pour l'Eglise Catholique. Du concile de Trente à nos jours*, o.c., 2-62.

desafíos que se le presentan a las Iglesias⁶. Entre el siglo XVI y XIX, bajo la iniciativa de los obispos –también de las órdenes religiosas y de algunos poderes políticos– los catecismos proliferan y cada uno, a su modo, son deudores de la polémica antireformista, de la reacción antideísta, del racionalismo imperante, del moralismo al uso, de los subrayados teológicos o carismáticos de las congregaciones religiosas, de los intereses políticos...

A pesar de la proliferación de los catecismos y de sus múltiples orientaciones, sin embargo, puede hablarse de unas características comunes en los llamados catecismos modernos, las cuáles fueron extraordinariamente potenciadas por la restauración neoescolástica del siglo XIX. Habitualmente responden a lo que ha venido a llamarse los «*trois il faut*»: «Las verdades que es necesario creer, los mandamientos que es necesario observar y los sacramentos que es necesario recibir»⁷. Este esquema tripartito, responder a una noción autoritaria de la revelación de Dios y promueve una respuesta de fe que pone en la acogida intelectual de su contenido la condición para acceder a la salvación. En realidad, el catecismo se presenta como un «sintético manual de teología, preocupado solo de la integridad y ortodoxia de la doctrina, sin una presencia explícita de sus fuentes primarias: la Biblia y la liturgia [...] y por lo que se refiere a su enseñanza, la memorización de los contenidos es asegurada con procedimientos didácticos también deficientes porque no responden a la psicología del aprendizaje humano»⁸.

2. El movimiento catequético ante el Catecismo

En virtud del nacimiento y desarrollo de las ciencias humanas, pero también del proceso de renovación litúrgica, patristica y bíblica seguida por los estudios eclesiológicos, desde finales del siglo XIX y a lo largo del siglo XX se dio en la Iglesia lo que se ha venido a llamar el «Movimiento catequético»⁹. Este Movimiento

6 Cf. J. MOLINARIO, *Le catéchisme, une invention moderne*, o.c., 63-86; también cf. G. Biancardi, «Il Catechismo della Chiesa Cattolica nella storia dei catechismi...», o.c., 785-788.

7 Cf. E. GERMAIN, *Jésus Christ dans les catéchismes*, coll. Jésus et Jésus Christ n° 27, Desclée, 1986, p. 127-140, citado por J. Molinario, *Le catéchisme, une invention moderne*, o.c., 74.82.

8 G. BIANCARDI, «Il Catechismo della Chiesa Cattolica nella storia dei catechismi...», o.c., 788.

9 Cf. G. BIANCARDI – U. GIANETTO, *Storia della catechesi. 4. Il movimento catechistico* (LAS, Roma 2016). Para una visión sintética, cf. U. GIANETTO, «Movimiento catequético», en: J. GEVAERT, *Diccionario de catequética*, o.c., 581-582.

ha supuesto una verdadera renovación de la concepción y práctica de la catequesis y ha tenido como consecuencia la distinción entre el texto del catecismo y la actividad catequizadora¹⁰.

La primera renovación que el Movimiento catequético acomete respecto a la catequesis va dirigida a la cuestión pedagógica. En un contexto antimodernista, donde la preocupación por la ortodoxia eclesial era extrema, el primer impulso de renovación no podía apuntar al contenido, el cual es intocable, sino que se dirigió al modo de transmitirlo. Es el momento en el que se introducen las pedagogías activas (método de Munich, de Monaco...) y se pone el acento más en “el comentario” que en el catecismo con el fin de hacer la enseñanza de la doctrina más vital, más histórica, más accesible a los destinatarios.

Este primer proceso renovador da paso a un segundo que, ahora sí, apunta al contenido. Es la «fase kerigmática»¹¹ que va de los años treinta hasta la víspera del Vaticano II, y fue promovida, entre otros, por J. A. Jungmann y F. X. Arnold. En estos años, bajo el influjo de los estudios bíblicos y la renovación litúrgica se da un redescubrimiento y valoración del kerigma y se introduce una distinción capital entre teología (elaboración racional y sistemática de la fe) y predicación (catequesis) que, centrada en el anuncio kerigmático del misterio pascual de Cristo y en la celebración litúrgica, tiene como fin suscitar la conversión y la incorporación a la Iglesia por medio de la fe. Desde esta perspectiva, el género catecismo sólo se reivindica en la medida en que venga a ser más bíblico y litúrgico.

Tras la renovación conciliar, y de algún modo impulsada por ella, se desarrolla la «fase antropológica» o de la experiencia, que tiene como hitos la publicación del Catecismo holandés (1966) y la semana catequética de Medellín (1968). No la metodología, ni tampoco el contenido, ahora es el destinatario el que ocupa el centro. Un destinatario protagonista de su proyecto vital y que encuentra dificultades ante la propuesta cristiana; un destinatario que ya no acepta por autoridad lo que él no haya comproba-

10 Para la comprender la influencia que el Movimiento catequético ha tenido en la consideración del catecismo cf. G. BIANCARDI, «Il Catechismo della Chiesa Cattolica nella storia dei catechismi...», o.c., 788-793.

11 Cf. E. ALBERICH, «Kerigmática (Catequesis)», en: GEVAERT, *Diccionario de catequética*, o.c., 494-497.

do experiencialmente. Se considera que el mensaje cristiano solo hallará credibilidad y podrá ser acogido en la medida en que se adapte a las diferentes etapas de la vida y a las diversas situaciones por las que pase el sujeto. En este momento, «el hombre, con su concreta experiencia existencial, personal y social, de simple destinatario se convierte en fuente y contenido del proceso catequístico». Para que el catecismo se mantenga es necesario elaborarlo «a partir de la persona, es decir, en diálogo continuo con la experiencia humana y en función del significado que puede ser asumido por la misma persona»¹².

3. *¿Un catecismo del Vaticano II?*

a) *La confusión entre los materiales catequéticos y los catecismos*

Es un hecho que el Concilio Vaticano II no dedicó ningún texto a la catequesis, ni tampoco pidió la elaboración de un catecismo¹³. Es cierto que se debatió sobre la conveniencia o no de publicar un catecismo semejante al emanado en Trento; pero, al final, la decisión de los Padres conciliares fue la de pedir la publicación de «un Directorio de catequesis del pueblo cristiano, en el que se trate de los principios fundamentales y de la organización de esta enseñanza y de la elaboración de los libros correspondientes»¹⁴. Con esta decisión, el Concilio además de tomar en cuenta la distinción entre catecismo y catequesis (catecumenado), considera la dificultad que puede suponer la publicación de un catecismo único a la hora de promover una verdadera inculturación de la fe en los pueblos en los que está extendida la Iglesia.

Dadas estas opciones conciliares, pronto florecieron por todo el orbe católico materiales catequéticos promovidos por iniciativas

¹² Cf. G. BIANCARDI, «Il Catechismo della Chiesa Cattolica nella storia dei catechismi...», o.c., 796.

¹³ Para este punto cf. M. SIMON, *Un Catéchisme Universel pour l'Eglise Catholique...*, o.c., 131-284. En ese momento, la conciencia eclesial consideraba al propio Concilio como la catequesis de su tiempo: «Debemos mirar al Concilio con gratitud a Dios y con confianza para el futuro de la Iglesia; será el gran catecismo de los nuevos tiempos (PABLO VI, *Discurso a la Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana* [23-VI-1966]: AAS (1966) 571-579; cf. CT 2; también CCE 10)

¹⁴ *Decreto* «Christus Dominus» sobre la función pastoral de los obispos en la Iglesia (=CD) (28-X-1965) 40. Este proyecto lo llevó a cabo la Sagrada Congregación del Clero con la publicación del *Directorium Catechisticum Generale* (11-IV-1971).

particulares y catecismos publicados por los diversos episcopados. Este fenómeno revela el estado de ebullición que la catequesis vivía en los años 70; sin embargo esta vitalidad no ocultaba una gran confusión subyacente: Catecismos de Iglesias particulares (*Catecismo holandés*) que eran recibidos como si fueran universales; materiales catequéticos que ocupaban el lugar del catecismo; catecismos que en realidad eran unos “textos de referencia” – materiales de la fe (*Pierre vivantes*); muchos materiales que conscientemente o inconscientemente omitían elementos esenciales de la fe... Al poco tiempo de ocupar la Sede de Pedro, Juan Pablo II levanta acta de esta confusión y, para poner orden, apela a la autoridad de los Pastores e insta a las Conferencias episcopales a elaborar, de acuerdo con la Sede Apostólica, «catecismos fieles a los contenidos esenciales de la Revelación y puestos al día en lo que se refiere al método, capaces de educar en una fe robusta a las generaciones cristianas de los tiempos nuevos»¹⁵.

b) La conferencia del cardenal Ratzinger

Un hito fundamental para el desarrollo y comprensión de nuestro tema es la conferencia que el entonces prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, el cardenal J. Ratzinger, impartió en Lyon y París, los días 15 y 16 de enero de 1983¹⁶. No es el momento de comentar en profundidad esta intervención¹⁷, nuestra intención es más sencilla, haremos notar los argumentos que, en nuestra opinión, reivindicaban el género “catecismo”. Estos argumentos de igual modo que abrieron la senda para la elaboración del *CCE*, *mutatis mutandis* fundamentan la necesidad del catecismo para la justa transmisión de la fe.

- De entrada, el cardenal Ratzinger considera «una falta grave [...] suprimir el catecismo y declarar superado el género mismo “catecismo”». En juego no está el uso de un simple instrumento, sino la «estructura fundamental de la transmisión de la fe, nacida de la lógica de la fe», la cual «es tan antigua como

15 JUAN PABLO II, *Exhortación “Catechesi Tradendae”* (=CT) (16.IX.79), 49-50, cita del n.º 50.

16 Dos revistas españolas publicaron la traducción: *Actualidad catequética* 112-113 (abril-junio 1983) 197-218; y *Scripta Theologica* 15 (1983/1) 9-30, nuestras referencias se refieren a esta publicación.

17 Un buen comentario con la polémica subsiguiente J. MOLINARIO, *Le catéchisme, une invention moderne*, o.c., 174-210.

el catecumenado, o sea, tan antigua como la misma Iglesia». Justamente, la falta de atención a esta estructura es lo que, en su opinión, ha llevado a «la fragmentación de la doctrina de la fe» y a que «su misma verdad fuera puesta en duda»¹⁸.

- Considera que en la cuestión del catecismo va implícito «el problema del lugar que ocupan las “fuentes” en el proceso de la transmisión de la fe»¹⁹. El cardenal valora el esfuerzo realizado en los últimos decenios por volver a la Escritura, pero critica este retorno en la medida en que se ha hecho sin tener en consideración la Tradición de la Iglesia. Al proceder así, afirma, «generalmente no se negaba el dogma, pero caía al nivel de una especie de marco orientador externo, de escasa importancia para el contenido y la estructura de la catequesis»²⁰.
- Llegado a este punto, el artículo acomete la parte propositiva. El cardenal Ratzinger parte de la precedencia y autoridad de la fe bautismal sobre cualquier teoría teológica. La razón es simple: la «fe expresa la vida de la Iglesia, que está por encima de las explicaciones teológicas y de sus hipotéticas certezas»²¹. Y comentando *Jn 17, 3*: «Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, Dios verdadero y a tu enviado, Jesucristo», afirma que «la fe apunta y se finaliza en la vida, da “potencia para vivir”». La razón es sencilla, «la fe es vida porque es “relación”, es decir, un conocimiento que se convierte en amor, un amor que proviene del conocimiento y que conduce a él»²². En esta relación, resulta imprescindible la mediación de la Iglesia: «en este “nosotros” está vivo el memorial que nos hace volver a encontrar lo que habíamos olvidado: Dios y su enviado»²³.
- Para avanzar en su propuesta, el Prefecto de Doctrina de la fe hace una distinción capital entre Revelación como «acto único, inexpresable en palabras humanas, por el cual Dios

18 J. RATZINGER, «Transmisión de la fe y fuentes de la fe»: *Scripta Theologica* 15 (1983/1) 11.

19 *Ibidem*, 13.

20 Cf. *Ibidem*, 13-17, cita p. 16.

21 *Ibidem*, 18.

22 *Ibidem*, 19.

23 *Ibidem*, 20.

se da a conocer a su creatura» y «el acto de recepción por el cual la condescendencia divina llega a ser perceptible al hombre bajo forma de revelación», lo cual es atestiguado por la Escritura²⁴. La consecuencia es clara, «sólo la Revelación es, hablando con propiedad, “fuente”, la fuente de la que también bebe la Escritura»; y por tanto, el contenido de la misma solo es accesible cuando la Escritura se pone en relación al acto revelador y se le acoge en la «red de referencia, a través de las cuales el Dios vivo se comunica en Cristo por el Espíritu». Es en ese momento en el que «la Biblia es expresión e instrumento de aquella comunión en la que el “yo” divino y el “tú” humano se tocan en el “nosotros” de la Iglesia fundada por Cristo»²⁵.

- Tras poner estos fundamentos, J. Ratzinger afronta el tema de la estructura de la catequesis. En efecto, bajo la premisa de que la estructura de la catequesis debe corresponder a las dimensiones esenciales de existencia cristiana, el cardenal apela a aquella estructura cuyo núcleo se remonta al origen de la Iglesia, porque constituye los elementos vitales de la Iglesia: el símbolo de la fe, los sacramentos, el decálogo y la oración del Señor. Considera estas cuatro tradicionales “piezas maestras” «elementos estructurantes y como lugares de concentración de la enseñanza catequética, [que] han abierto el acceso tanto a la Biblia como a la vida de la Iglesia»²⁶.

La intervención del cardenal Ratzinger puede comprenderse como la caída de una piedra en un lago; las olas que generó llegaron a todos los rincones de la Iglesia, suscitando reacciones muy diversas. A decir verdad, muchas de ellas no comprendieron el verdadero alcance de la intervención, ni se percataron que el cardenal «había operado un desplazamiento teológico y catequético sobre la concepción del catecismo»²⁷. Los más tradicionalistas aplaudieron lo que consideraban “la restauración” del género catecismo, confundiendo su propia posición con la del

24 *Ibidem*, 21.

25 *Ibidem*, 21-22.

26 *Ibidem*, 23-24; cita pág. 23.

27 J. MOLINARIO, *Le catéchisme, une invention moderne*, o.c., 200.

cardenal, pensando que él, nuevamente, equiparaba catequesis y catecismo entendido como el «sintético manual de teología». Por su parte, y paradójicamente por el mismo motivo, los que estaban atentos a la evolución del movimiento catequético rechazaron dicha intervención pensando que el Prefecto no tenía en consideración los avances bíblicos, litúrgicos y catequéticos y trataba de imponer una catequesis doctrinal que no contaba con el rechazo del hombre contemporáneo ni tenía en cuenta las adquisiciones pedagógicas.

c) *El Catecismo de la Iglesia Católica*

Dos años después, en medio de esta polémica, en la celebración del Sínodo extraordinario de los Obispos convocado por Juan Pablo II, los Padres sinodales trasladan al Papa el deseo de «que fuese redactado un Catecismo o compendio de toda la doctrina católica tanto sobre la fe como sobre la moral, que sería como un texto de referencia para los catecismos o compendios que se redactan en los diversos países. La presentación de la doctrina debería ser bíblica y litúrgica, exponiendo una doctrina segura y, al mismo tiempo, adaptada a la vida actual de los cristianos»²⁸. Meses más tarde, Juan Pablo II daba su aval a esta petición e impulsaba la “aventura” de elaborar lo que al final recibirá el nombre de *Catecismo de la Iglesia Católica*²⁹.

No es el momento de detenernos en las vicisitudes por las que pasó la elaboración del CCE, ni los debates que surgieron en torno a su publicación. Simplemente haremos notar cómo una de las primeras finalidades de la publicación del CCE es la de estimular la elaboración de catecismos locales.

28 Relación final del Sínodo extraordinario, 7 diciembre 1985, II, B, a, n.4: *Enchiridion Vaticanum*, vol 9, pág. 1758, n 1797.

29 Indicamos algunas referencias sobre la historia de la redacción del *Catecismo de la Iglesia Católica*: Card. J. RATZINGER – CH. SCHÖNBORN, *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica* (Ed. Ciudad Nueva, Madrid 1994); J. HONORÉ, «El “Catecismo de la Iglesia Católica”, génesis y perfil», en: O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL – J.-A. MARTÍNEZ CAMINO (Eds.), *El Catecismo posconciliar. Contexto y contenidos* (San Pablo, Madrid, 1983) 65-83; CH. SCHÖNBORN, «Criterios de redacción del Catecismo», en: *Ibidem*, 84-93; J.-M. ESTEPA LLAURENS, «Génesis y Elaboración del Catecismo de la Iglesia Católica», en: M. DEL CAMPO GUILARTE (ed.), *El Catecismo de la Iglesia Católica. En el X aniversario de su promulgación* (Publicaciones de la Facultad de Teología San Dámaso, Madrid 2004) 13-24; R. MARTINELLI, «Storia e struttura del catecismo», en: R. FISICHELLA (a cura di), *Catechismo della Chiesa Cattolica. Testo integrale. Nuovo commento teologico-pastorale*, o.c., 799-804; CH. SCHÖNBORN, «Il Catechismo della Chiesa Cattolica nelle chiese particolari», en: *Ibidem*, 813-824.

Con la Constitución apostólica *Fidei depositum*, Juan Pablo II no sólo promulga el *Catecismo* también tiene la ocasión de indicar el sentido del mismo. En primer lugar subraya que, junto a la renovación litúrgica y la publicación del Código de Derecho Canónico de la Iglesia latina y de los Cánones de las Iglesia orientales católicas, el «Catecismo es una contribución importantísima a la obra de renovación de la vida eclesial, deseada y promovida por el Concilio Vaticano II» (FD 1g). Con estas palabras, el Papa evidencia que el CCE no solo es heredero del Concilio, sino que es una pieza clave para llevar adelante el espíritu conciliar de renovación³⁰.

En segundo lugar, y esto es importante para nuestro tema, Juan Pablo II pone en valor el procedimiento seguido en la elaboración del *Catecismo*, el cual le hizo merecedor del apelativo: «*de la Iglesia Católica*». Citamos ampliamente el texto del Papa: «Podemos decir ciertamente que este Catecismo es fruto de una colaboración de todo el Episcopado de la Iglesia católica, que ha acogido cumplidamente mi invitación a corresponsabilizarse en una iniciativa que atañe de cerca a toda la vida eclesial. Esta respuesta suscita en mí un profundo sentimiento de gozo, porque el concurso de tantas voces expresa verdaderamente lo que se puede llamar “sinfonía” de la fe. La realización de este Catecismo refleja así la naturaleza colegial del Episcopado y atestigua la catolicidad de la Iglesia» (FD 2d).

Esta afirmación resulta capital en dos direcciones. La primera porque, si bien la publicación del CCE es realizada «en virtud de la autoridad apostólica» del papa, como «un servicio que el sucesor de Pedro quiere prestar a la Santa Iglesia Católica» (cf. FD, n. 4a.b), Juan Pablo II manifiesta que este acto de autoridad lo realiza en la colegialidad del Episcopado. De este modo manifiesta que «la autoridad no es algo impuesto desde el exterior, sino que hace que el testimonio común venga a la luz públicamente y en

30 Para las razones que llevaron a la conciencia eclesial postconciliar a considerar la necesidad de un catecismo universal cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, «Del Vaticano II hacia el futuro», en: O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL – J.A. MARTÍNEZ CAMINO (Eds.), *El Catecismo posconciliar. Contexto y contenidos*, o.c., 283-349; J. M., ESTEPA LLAURENS, «Testimonio sobre la catequesis desde la clausura del Concilio Vaticano II (1965) hasta la exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* (1979)», en Idem, *La catequesis en la misión de la Iglesia. Escritos catequéticos 1960-2010* (BAC, Madrid 2015) 525-551.

concreto»³¹. La segunda resulta una consecuencia de lo anterior. Al ser el CCE una obra colegial, donde resuena la “sinfonía de la fe”, «el catecismo ha de ser asumido y presentado en y por las diferentes Iglesia particulares como algo propio y perteneciente a esas mismas Iglesias, a la enseñanza apostólica que les mantiene en comunión»³².

Esto supone que el dinamismo de comunión que el CCE expresa y promueve, no sustrae la responsabilidad magisterial que los obispos tienen respecto a sus Iglesias, sino que la estimula. En efecto, *Fidei depositum* afirma con claridad: «Este Catecismo no está destinado a sustituir a los catecismos locales debidamente aprobados por las autoridades eclesiológicas, los obispos diocesanos y las Conferencias Episcopales, sobre todo cuando estos catecismos han sido aprobados por la Santa Sede. El *Catecismo de la Iglesia Católica* se destina a alentar y facilitar la redacción de nuevos catecismos locales que tengan en cuenta las diversas situaciones y culturas, pero que guarden cuidadosamente la unidad de la fe y la fidelidad a la doctrina católica» (FD 4d).

II. El catecismo, acto del magisterio al servicio del acontecimiento cristiano

El recorrido que hemos seguido nos enfrenta con más claridad a la cuestión que ha desencadenado nuestro trabajo: la pertinencia o no del género catecismo para el siglo XXI. Es evidente, que por la vía de los hechos la respuesta dada ha sido afirmativa. La publicación del CCE, hace poco más de veinticinco años, confirma que el catecismo sigue siendo «un instrumento válido y autorizado al servicio de la comunión eclesial y norma segura para la enseñanza de la fe» (FD 4a)³³. Pero esta validez no sólo atañe al CCE, sino también se extiende a los catecismos que las

31 J. RATZINGER, «Introducción al nuevo “Catecismo de la Iglesia Católica”», en: *Ibidem*, 47-64, cita pág. 58.
32 A. CAÑIZARES LLOVERA, «El Catecismo de la Iglesia Católica, instrumento de comunión eclesial al servicio de la Iglesia particulares», en: M. DEL CAMPO GUILARTE (ed.), *El Catecismo de la Iglesia Católica. En el X aniversario de su promulgación*, o.c., 107-120 cita pág. 115.

33 Desde la publicación del CCE otros dos actos magisteriales han afirmado por la vía de los hechos la validez del género “catecismo” nos referimos a la publicación por parte de Benedicto XVI del *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* (28-VI-2005) y del *Youcat* (Catecismo joven de la Iglesia Católica) publicado en 2011, con motivo de la JMJ de Madrid, y prologado por el mismo Papa emérito.

autoridades eclesíásticas han de elaborar teniendo en cuenta las diversas situaciones y culturas, pero guardando la unidad de la fe y la fidelidad a la doctrina católica. Juan Pablo II estimuló a esta tarea.

No obstante, las cuestiones que se elevaron en torno a la publicación del CCE permanecen hoy en el debate teológico pastoral³⁴: ¿la crisis de fe es hoy principalmente una crisis del saber de la misma fe?; ¿el catecismo es el instrumento privilegiado para superar esa crisis?; ¿cómo se plantea el problema de la inculturación y de la adaptación a los destinatarios?... Nuestra intención no es responder directamente a estas cuestiones y a otras semejantes, nuestro objetivo es el de aportar una perspectiva más amplia que venga a iluminar el tema. La conferencia del cardenal Ratzinger nos ha puesto sobre la pista. Para superar prejuicios y comprender la aportación propia del catecismo en el dinamismo de la transmisión de la fe, vamos a hacer una reflexión de carácter fundamental. La esperanza es que esta reflexión teológica arroje la luz necesaria para comprender el catecismo como un acto magisterial al servicio de la revelación y de la fe; pero en ningún caso como sustituto de la acción por la que la Iglesia transmite la fe.

1. Jesucristo, en persona, es la palabra de Dios

Es una afirmación ya adquirida por la teología catequética que Jesucristo es el centro de la catequesis: «“En el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre, que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros... Catequizar es... descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios... Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por Él mismo”»³⁵. Lo que aquí se define es el cristocentrismo de la catequesis, por el cual ella enseña «a Cristo, el

34 Hoy siguen siendo pertinentes las cuestiones que plantea y reseña G. Biancardi, « Il CCC nel dibattito pastorale-catechetico », en: A. Amato, et alii (a cura di), *La catechesi al traguardo. Studi sul Catechismo della Chiesa Cattolica* (LAS, Roma 1997) 119-153, referencia pág. 120.

35 CCE 426, cita de CT 5.

Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a Él»³⁶. Por esta razón, «el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no solo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo»³⁷. Solo por la comunión con Cristo, su discípulo puede unirse con aquello a lo que el propio Jesús está unido: «con Dios, su Padre, que le había enviado al mundo y con el Espíritu Santo, que le impulsaba a la misión; con la Iglesia, su Cuerpo, por la cual se entregó; con los hombres, sus hermanos, cuya suerte quiso compartir»³⁸.

Estas afirmaciones, pacíficamente asumidas por la teoría y práctica catequética, son las que, sin duda, ayudan a reinterpretar y comprender el verdadero alcance de otros términos que habitualmente se emplean a la hora de hablar de la catequesis. Esta se presenta a veces bien como una función particular del “ministerio de la palabra”, bien como un servicio para la transmisión del “doctrina cristiana”. En un caso y otro: “palabra” y “doctrina”, aún con connotaciones diferentes, se ha de entender referidas directamente a Jesucristo. Dos referencias nos ayudan a esta comprensión.

La primera la tomamos de Benedicto XVI, el cual después de recordar que la fe cristiana no es una “religión del libro”, sino que «el cristianismo es la “religión de la Palabra de Dios”, no de una “palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo”» y de advertir del «uso analógico de la expresión “Palabra de Dios”»³⁹, afirma sin rodeos y con un realismo inusitado que «el Hijo mismo es la Palabra, el *Logos*» y que «la Palabra eterna se ha hecho pequeña, tan pequeña como para estar en un pesebre. Se ha hecho niño para que la Palabra esté a nuestro alcance. Ahora, la Palabra no sólo se puede oír, no sólo tiene voz sino que tiene un *rostro* que podemos ver: Jesús de Nazaret»⁴⁰.

36 CT 6, citado en CCE 427; para el cristocentrismo de la catequesis cf. Congregación para el clero, *Directorio general para la catequesis* (=DGC) (15-VIII-1997) 98. Cf.

37 DGC 80, cita de CT 5. El encuentro con Cristo, la relación con Cristo ha sido un tema recurrente en los sucesivos Papas a la hora de definir la posibilidad de ser cristianos. Cf. BENEDICTO XVI, *Carta encíclica “Deus Caritas est”* (25.XII.2005) 1; FRANCISCO, *Exhortación apostólica “Evangelii Gaudium”* (24-XI-2013) 7-8.

38 DGC 81.

39 BENEDICTO XVI, *Exhortación apostólica “Verbum Domini”* (=VD) (30.IX.2010) 7.

40 *Ibidem*, 12.

La segunda la extraemos de san Agustín, el cual comentando *Jn 7, 16*: «mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado», afirma que «Cristo en persona es la doctrina del Padre»⁴¹. Y tras indicar la dificultad que puede haber para comprender dicha doctrina aconseja: «No busques entender para creer, sino cree para entender, porque si no creéis, no entenderéis»⁴². Poco más adelante indica el alcance de este creer: «Qué creáis en él, no que le creáis. Pero si creéis en él, le creéis; en cambio, quien le cree, no cree en él al instante» y explica que significa ese creer en él (*credere in eum*): «¿Qué es, pues, creer en él? Amarlo creyendo, quererlo creyendo, ir a él creyendo, dejarse incorporar a sus miembros»⁴³.

Estas dos referencias nos ayudan avanzar en nuestra reflexión. La relación, relación de amor con Jesucristo en el seno de su Iglesia, es la condición por la que alguien puede ser alumbrado en la fe. En sentido estricto, ni el conocimiento de la Biblia ni del catecismo, entendidos ambos como libros, tiene el poder para transmitir la fe católica. El cristianismo no es la religión de ningún libro, es la religión de la Palabra encarnada en el seno de María, por la cual Dios mismo se da a sí mismo como salvación del hombre. Esta noción personalista de la revelación⁴⁴, que exige por parte del hombre una respuesta de fe en la que también él queda implicado personalmente⁴⁵, es lo que ilumina no solo el lugar del catecismo en la catequesis, sino también el de la misma Biblia. Aquí, la cuestión de fondo que se plantea es la de saber cómo un hombre y una mujer del siglo XXI pueden hoy encontrarse con Jesucristo.

2. Jesucristo, presente en su Iglesia por el poder del Espíritu

Es el mismo acontecimiento de Cristo, acontecimiento de salvación para el ser humano de todos los tiempos, el que lleva en sí mismo la condición de su perennidad⁴⁶: la encarnación fue la

41 SAN AGUSTÍN, *Ev.Jo.* XXIX, 3.

42 SAN AGUSTÍN, *Ev.Jo.* XXIX, 6.

43 *Ibidem*

44 Cf. *Constitución dogmática "Dei Verbum" (=DV) (18-XI-1965) 2*; cf. H. DE LUBAC, *La révélation divine* (Cerf, París 3¹⁹⁸³) 36-105.

45 Cf. DV 5, cf. H. DE LUBAC, *La révélation divine*, o.c., 106-168

46 Sobre este punto cf. G. Uríbarri Bilbao, «Contemporaneidad de Cristo en la carne, condición del encuentro y de nuestra divinización»: *Teología y Catequesis* 141 (2018) 13-35.

condición para que la carne fuera sacramento de la divinidad de Cristo; la pascua lo fue de la universalización de la salvación lograda por su entrega; y el don de su Espíritu es la causa de la actualización de esta salvación y de que los hombres sean por la fe incorporados a ella. Ahora, Jesús sigue presente en su Iglesia. El testimonio de su Espíritu le mantiene vivo en su cuerpo eclesial⁴⁷. De este modo, se cumplen las palabras que dirigió a sus discípulos poco antes de su retorno al Padre: «Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio sobre mí; y también vosotros daréis testimonio» (*Jn 15, 26-27a*).

El testimonio del Espíritu mantiene vivo el acontecimiento de Cristo en su Iglesia y es él mismo el que hace que nazca el amor en el corazón de los creyentes para que entren en relación con Jesucristo y le puedan reconocer como la Palabra que el Padre ha pronunciado para su salvación. El Espíritu es, por tanto, el garante de la actualidad permanente de la Palabra divina. Pero, ¿dónde halla la Iglesia la posibilidad de entregar esa Palabra?

a) *En la conjunción de la Escritura y la Tradición*

Refiriéndose concretamente a la catequesis Juan Pablo II afirma: «La catequesis extraerá siempre su contenido de la fuente viva de la Palabra de Dios, transmitida mediante la Tradición y la Escritura, dado que “la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen el único depósito sagrado de la Palabra de Dios confiado a la Iglesia”»⁴⁸. En efecto, la Palabra divina no se encuentra en la sola Escritura, tampoco en la sola Tradición, ella subsiste en la conjunción connatural entre ambas, ya que «la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura están estrechamente unidas y compenetradas, manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin»⁴⁹. El creyente recibe la revelación de Cristo en la medida en que lee la Escritura –testimonio inspirado del acontecimiento histórico– a la luz de

47 Para lo que sigue ver nuestro volumen: *Dios dialoga con el hombre. Misión de la Palabra y catequesis* (PPC, Madrid, 2014), especialmente 49-80, en especial págs. 54-62. También C. TORCIVA, *Teologia della catechesi. L'eco del kerygma* (Elledici, Torino 2016) 72-81.

48 CT 27, cita de DV 10.

49 DV 9; cf. CCE 80-83; VD 17-18.

la enseñanza de la Iglesia y reconoce la presencia de su Maestro y Señor en la trama de vida y relaciones que el Espíritu teje entre sus miembros.

En realidad, el discípulo de Cristo experimenta que «la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree»⁵⁰; es decir, que ella como Cuerpo de Cristo, por la acción del Espíritu, actualiza la presencia del Señor que le da vida. Por esta razón, la catequesis no se reduce a iniciar en la lectura y el conocimiento de unos documentos, ni tan siquiera los bíblicos. Ella pone los medios para que los discípulos de Jesús se sumerjan en la vida eclesial que actualiza la Tradición de la Iglesia, de modo que, en el vivir compartido y bajo la luz de la fe, puedan reconocer la Presencia que la Escritura anuncia. De este modo, a través del proceso de iniciación en la vida cristiana (vida eclesial), la catequesis acompaña al creyente a confesar la fe para que, en comunión con Cristo, pueda «pensar como Él, obrar como Él, amar como Él»⁵¹.

b) Por el servicio del Magisterio

Bien sabemos por el Concilio que el «Magisterio no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio» y que cumpliendo el mandato recibido por Jesús y sostenido por el Espíritu Santo está «dotado del carisma de la verdad», de modo que con garantía divina ejerce la función de «interpretar auténticamente la Palabra de Dios»⁵². El Magisterio no es, por tanto, fuente de la Palabra divina, pero sí es el garante de que el pueblo de Dios viva de esa Palabra en la comunión de la Iglesia y la proclame en el discurrir de la historia, en los contextos sociales y culturales que determinan a sus destinatarios.

Profundicemos en lo que decimos. Los obispos, como sucesores de los apóstoles, y principio visible de unidad, poseen el

50 DV 8. Cf. CT 27b;

51 DGCV 116, referencia a CT 20b. Este punto lo hemos tratado con amplitud en: «La iniciación en la fe y en la vida cristiana de quienes se incorporan a la comunidad eclesial», en: F. MERONI – A. GIL (coords.), *La misión, futuro de la Iglesia. Missio ad-inter gentes* (PPC, Madrid 2018) 195-223.

52 DV 10; cf. CCE 85-87; DGC 44. Sobre la noción de Magisterio cf. L. SARTORI, «Magisterio», en: J. GEVAERT, *Diccionario de catequética*, o.c., 526-529; F.-A. SULLIVAN, «Magisterio», en: R. LATOURELLE, *et alii* (dirs.), *Diccionario de Teología fundamental* (Ed. Paulinas, Madrid 1992) 841-849.

oficio de enseñar. Ellos «son los predicadores del Evangelio que llevan nuevos discípulos a Cristo. Son también los maestros auténticos, por estar dotados de la autoridad de Cristo. Ellos predicán al pueblo que tienen confiado la fe que hay que creer y que hay que llevar a la práctica y la Iluminan con la luz del Espíritu Santo»⁵³. Su servicio a la Palabra de Dios les viene en virtud del carisma de la verdad que han recibido por el sacramento del orden y lo ejercen en comunión con el colegio apostólico, presidido por el sucesor de Pedro. Como sus intervenciones no están por encima de la Palabra de Dios ellos, como dice el Concilio, ejercen su magisterio «sacando del tesoro de la Revelación lo nuevo y lo viejo (cf. Mt 13, 52)»⁵⁴. En realidad, los obispos no son los que actualizan la revelación, esto lo realiza el conjunto de la Iglesia, pero sí son los que garantizan que esa actualización es fiel al acontecimiento testimoniado por la Escritura y se sitúa en el surco de la Tradición de la que la Iglesia es heredera. Como subraya el Concilio, ellos enseñan con la autoridad de Cristo y sus intervenciones tienen siempre un fin pastoral, es decir, apuntan al bien del pueblo de Dios, en orden a promover la vida según el Evangelio.

Es importante señalar que cada obispo ejerce directamente su magisterio en la Iglesia particular que tiene encomendada; Iglesia que es una porción del pueblo de Dios que camina en un espacio socio-cultural. En este sentido la intervención magisterial del obispo en su diócesis siempre va en una doble dirección: por un lado, garantiza la comunión en la fe de su Iglesia particular con la Iglesia universal y, por otro, se hace garante de que la Palabra de Dios se anuncia en los parámetros socio-culturales que dan identidad a ese pueblo que él preside. Por tanto, su servicio a la catolicidad de la Iglesia no apunta solo a la expansión del Evangelio en el territorio de su Iglesia, sino también a que el Evangelio tal y como se predica y vive en su Iglesia particular enriquezca la comunión de la Iglesia universal.

Desde esta doble perspectiva conviene comprender bien de qué modo ejercen los obispos su función magisterial. Como se-

53 Constitución dogmática *Lumen gentium* (=LG) (21-XI-1964) 25, también CD 12.

54 LG 25.

ñala el Concilio, el conjunto de los bautizados no estar pasivo en el proceso de actualización de la revelación. «Esta Tradición, que deriva de los Apóstoles, progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo: puesto que va creciendo en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas, ya por la contemplación y el estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón (cf. Lc 2,19.51) y, ya por la percepción íntima que experimentan de las cosas espirituales, ya por el anuncio de aquellos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma cierto de la verdad»⁵⁵. En realidad, en la actualización del acontecimiento cristiano que se realiza en la Tradición existe una verdadera cooperación entre los obispos y el conjunto del pueblo de Dios, cada uno con su función propia.

En efecto, si bien el obispo siempre realiza su función magisterial como miembro del colegio episcopal y en comunión con el sucesor de Pedro; es necesario indicar que también la ejerce en el seno del pueblo de Dios. Su intervención, realizada con la autoridad que le es propia, no añade nada a la fe común, sino que tiene como tarea proteger, explicar e impulsar la acogida de esa fe en su verdad para que los bautizados la hagan vida y la desarrollen como testimonio de Cristo. En este punto, resultan iluminadoras las siguientes palabras de la *Comisión Teológica Internacional*: «Aquellos que ejercen el magisterio, es decir, el Papa y los obispos, son ellos mismos, ante todo, miembros bautizados del Pueblo de Dios, que participa por ese mismo hecho en el *sensus fidelium* [...] como ya se ha puesto de relieve, la fe que sirve el magisterio es la fe de la Iglesia, la que vive en todos los fieles, por lo que es siempre en la comunión de vida de la Iglesia donde el magisterio ejercita su ministerio esencial de supervisión»⁵⁶.

c) *El catecismo al servicio de la verdad de la fe*

Esta anotación resulta interesante a la hora de pensar en los catecismos y comprenderlos como servicio a la verdad del acontecimiento cristiano y de su actualización. El catecismo nunca puede ser un acto autoritario por parte de los obispos; al con-

55 DV 8b.

56 COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *El «sensus fidei» en la vida de la Iglesia* (BAC, Madrid 2014) 69 (números 76.77).

trario, el ejercicio de autoridad que supone la promulgación de un catecismo siempre es un servicio a la fe común y para la evangelización. Por esta razón, el catecismo no puede ser presentado como alternativo a la Sagrada Escritura ni tampoco como sustituto de la Tradición viva de la Iglesia. Su función es más humilde, pero no por ello menos trascendente.

El catecismo, como acto magisterial de los obispos, se sitúa entre la Escritura y la Tradición. Su objetivo es el de ayudar, por la comprensión de la fe, a penetrar en el misterio de Jesucristo que la Escritura anuncia e indicar de qué modo su Presencia se actualiza en la vida dos veces milenaria de la Iglesia que el pueblo de Dios, en su conjunto, sustenta. Y esto teniendo en cuenta las condiciones sociales, culturales, religiosas..., de aquellos a los que se sirve. En realidad, es el Espíritu el que actualiza el acontecimiento cristiano en la fe del pueblo de Dios que Él mismo alienta. Pero es también el mismo Espíritu el que otorga su gracia a los obispos para que, a través de la promulgación de un catecismo, iluminen y garanticen a sus Iglesias la verdad de la fe y ofrezcan una orientación segura en el ejercicio de su misión evangelizadora.

III. El lugar del catecismo en la catequesis

Llegamos a la parte final de nuestro estudio. La reflexión que hemos hecho nos han dado los elementos suficientes para contestar positivamente a la cuestión que desencadenaba este trabajo y ofrecer las claves para comprender esa respuesta afirmativa: El catecismo, como acto magisterial, es un servicio a la verdadera actualización y comprensión de la Palabra de Dios que acontece cuando el acontecimiento de Cristo que testimonia la Escritura es reconocido en la vida de la Iglesia y acogido en su fe. Dicho esto, en este último apartado, nuestra reflexión apunta a cuestiones de teología catequético-pastoral. Comenzaremos por indicar lo que determina “el género catecismo”; después nos detendremos un instante para decir una palabra sobre la inspiración catecumenal que hoy la Iglesia pide a la catequesis, y terminaremos indicando algunos usos del catecismo en la actividad catequizadora.

1. El género catecismo

El catecismo no es un material más, el catecismo no se confunde con cualquier comentario. Tal y como hemos subrayado, es un acto magisterial propio de quien tiene autoridad para realizarlo: el papa, el obispo, las conferencias episcopales. Este hecho fundamental: el ser un “acto magisterial”, es el que define al catecismo respecto a cualquier otro instrumento catequético. Por la promulgación de un catecismo, los obispos ejercen de un modo propio su responsabilidad en la catequesis y manifiestan que son los catequistas por excelencia⁵⁷. Es a través del catecismo que, de un modo efectivo, prestan su servicio a la verdad en la actividad catequizadora que se realizan en su diócesis.

a) Elementos que caracterizan al catecismo

Dicho esto, es preciso caracterizar el catecismo en sí mismo. No resulta fácil, ya que a lo largo de la historia el término catecismo ha tenido distintas acepciones, con objetivos y finalidades diversamente articuladas: catecismo como resumen de la fe (*regula fidei*), como instrucción en la fe, como libro de la fe...⁵⁸. Es evidente que desde la publicación del CCE el “género catecismo” está marcado por la definición que la Constitución apostólica “*Fidei depositum*” da del mismo. Refiriéndose al CCE, Juan Pablo II afirma: «es una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, atestiguadas o iluminada por la Sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio eclesiástico. Lo reconozco como un instrumento válido y autorizado al servicio de la comunión eclesial y como norma segura para la enseñanza de la fe»⁵⁹.

- El catecismo es una expresión autorizada de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, en ningún caso promueve una línea teológica particular, ni recoge los frutos de las últimas investigaciones bíblico-teológicas. La razón es muy sencilla,

57 Cf. CT 63b; DGC 222. Sobre lo que sigue resulta iluminador lo expuesto en el DGC. segunda parte, capítulo II, nº 119-136.

58 Cf. L. CHIARINELLI, «El Catecismo de la Iglesia Católica, punto de referencia para los catecismos locales», en: A. CAÑIZARES – M. DEL CAMPO (eds.), *Evangelización, catequesis, catequistas. Una nueva etapa para la Iglesia del Tercer Milenio* (Edice, Madrid 1999) 339-357, referencia págs. 354.

59 FD 4a. Sobre el género literario del catecismo y en especial referido a los catecismos locales cf. DGC 124.132-136.

él se presenta como un servicio a la fe común. En realidad no solo promueve la comunión del pueblo de Dios que peregrina en ese momento de la historia y en un determinado territorio (comunión sincrónica), sino que tiene como fin introducir en la comunión eclesial que, al remontarse a los apóstoles, trasciende el tiempo y el lugar (comunión diacrónica).

- Por esta razón, para su elaboración los obispos sacan «lo nuevo y lo viejo» del testimonio que de la revelación dan la Sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio eclesial. No obstante, no es una mera recopilación de documentos, ha de «presentar una exposición orgánica y sintética de los contenidos esenciales y fundamentales de la doctrina católica tanto sobre la fe como sobre la moral»⁶⁰. El catecismo no sólo debe dar testimonio de la expresión de la fe; esta expresión, sea cual sea su modo (las cuatro piezas maestras, la virtudes teologales, la celebración de la pascua...), ha de estar articulada para que remita al mismo acontecimiento cristiano y ayude a «percibir la admirable unidad del misterio de Dios, de su designio salvador, así como el lugar central de Jesucristo Hijo único de Dios...»⁶¹.
- Aunque los catecismos se elaboran con la colaboración de teólogos y especialistas, en realidad es una obra de pastores. Por esta razón, el catecismo se ha de presentar como un servicio para el bien del pueblo de Dios y con la intención de promover la vida cristiana. En efecto, aun siendo un texto en el que se expresa la fe “doctrinalmente”, en realidad, el catecismo nace de la fe y experiencia cristiana del pueblo de Dios y tiene como fin servir el fortalecimiento de esa misma fe y el desarrollo de la vida cristiana en la comunión y misión eclesial. El Espíritu Santo asiste a los pastores para que ofrezcan al pueblo de Dios el alimento oportuno y seguro para la comprensión y vida de fe.

60 CCE 11.

61 FD 3f.

b) Los catecismos locales al servicio de la inculturación y adaptación a los destinatarios

A estos rasgos comunes entre el *CCE* y los catecismos, es necesario añadir otro no menor. Nos referimos a la responsabilidad que tienen los catecismos locales a la hora de inculturar la fe en el espacio socio-cultural de un territorio o de adaptarla a las condiciones socio-psicológicas de los destinatarios. Este tema, tan sensible para el Vaticano II, fue el que hizo que los Padres conciliares se decantaran más por la elaboración de un “directorio” que por un catecismo. El mismo tema subyace cuando en la relación final del Sínodo extraordinario, los Padres sinodales piden a Juan Pablo II la elaboración de un catecismo o compendio que fuera «un texto de referencia para los catecismos o compendios que se redactan en los diversos países»⁶². El *CCE*, asume esta indicación y deriva a los catecismos locales la tarea irrenunciable de la inculturación y de la adaptación a sus destinatarios. La orientación es taxativa: «El “Catecismo de la Iglesia católica” se destina a alentar y facilitar la redacción de nuevos catecismos locales que tengan en cuenta las diversas situaciones y culturas, pero que guarden cuidadosamente la unidad de la fe y la fidelidad a la doctrina católica»⁶³.

En efecto, existe un imperativo en la elaboración de los catecismos locales⁶⁴. Los obispos son instados a que en virtud de su oficio de enseñar, realicen un acto magisterial por el que ayuden a sus Iglesias locales a responder a las exigencias que dimanen de las culturas que les son propias, presentando el Evangelio en relación a las aspiraciones, interrogantes y problemas que en ellas aparecen. También que promuevan las nuevas expresiones que el pueblo de Dios va logrando por la implantación del Evangelio en su cultura. Algo semejante puede decirse respecto a la adaptación del mensaje cristiano a la mentalidad y psicología de unos destinatarios determinados por la edad o condiciones exis-

62 Sobre la problemática de la inculturación del *CCE* cf. G. BIANCARDI, «Il CCC nel dibattito pastorales-catechetico», o.c., 138-150.

63 *FD* 4d; cf. *DGC* 109-110, 203-208. También J. SARAIVA MARTINS, «el Catecismo de la Iglesia Católica y la inculturación de la fe», en: A. CAÑIZARES – M. DEL CAMPO (eds.), *Evangelización, catequesis, catequistas. Una nueva etapa para la Iglesia del Tercer Milenio*, o.c., 321-337.

64 Cf. *DGC* 131.

tenciales particulares; el catecismo ha de hacer referencia a las experiencias nucleares de su vida, pero también ha de explorar la fe desde esas mismas experiencias.

El catecismo que un obispo promulga en su diócesis no sólo es garantía de la comunión de su Iglesia particular en la fe de toda la Iglesia, también es una contribución que su Iglesia particular hace a la Iglesia universal. El hecho de que los catecismos locales tengan que ser aprobados por la Santa Sede, expresa esta bidireccionalidad. Por esta razón, si bien el *CCE* se presenta como punto de referencia para la elaboración de los catecismos locales, en nada impide la creatividad de estos. Justamente esta referencialidad a la fe común que propicia el *CCE*, es lo que permite la creatividad de los catecismos locales en el proceso de inculturación y adaptación al que están obligados. Es lo que Juan Pablo II llamó la “sinfonía de la fe”⁶⁵.

2. *Una catequesis al servicio de la iniciación cristiana*

El catecismo no es la catequesis. Esta distinción no sólo la ha establecido la evolución del Movimiento catequético del último siglo; sino deriva de la nueva comprensión que la Asamblea conciliar fue tomando en sus debates sobre temas tan determinantes como la Revelación, la fe, la centralidad de la Iglesia, la liturgia, la cultura, la experiencia humana... Esa nueva comprensión se halla recogida en los grandes documentos que emanaron del Concilio⁶⁶. Un hecho determinante para el devenir de la catequesis postconciliar resultó del interés que presentaron los Padres conciliares por restaurar el «catecumenado de adultos, dividido en distintos grados»⁶⁷. También, a este respecto, son fundamentales las indicaciones que sobre el catecumenado ofrece el *Decreto “Ad gentes”* en los números 13 y 14. Estas orientaciones fueron sella-

65 FD 2d; cf. DGC 136.

66 Cf. M. SIMON, *Un Catéchisme Universel pour l’Eglise Catholique. Du concile de Trente à nos jours*, o.c., 131-284; J. MOLINARIO, *Le catéchisme, une invention moderne. De Luther à Benoît XVI*, o.c., 142-153. J.M. ROVIRA BELLOSO, «La catequesis en el marco de la Iglesia del Vaticano II»: *Teología y Catequesis* 1 (1982) 65-83. E. ALBERICH, «La catequesis en el contexto del Concilio Vaticano II y el posconcilio»: *Teología y Catequesis* 45-48 (1993) 277-292.

67 Constitución dogmática *Sacrosanctum Concilium* (4.XII.1963) 64, sobre otras referencias conciliares, ver nuestro trabajo «La iniciación en la fe y en la vida cristiana de quienes se incorporan a la comunidad eclesial», o.c., 202-210.

das con la promulgación por la Sagrada Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino del *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* (6-I-1972)⁶⁸.

A partir de estas orientaciones, el catecumenado bautismal se ha convertido en referencia obligada de la catequesis postconciliar. Los diferentes pontífices han insistido en la conveniencia de esta inspiración⁶⁹; también las Conferencias episcopales lo han potenciado⁷⁰; y el propio *Directorio General para la Catequesis* ha profundizado en ello⁷¹. No es el momento de detenernos en describir el perfil propio de una catequesis que es una formación orgánica, sistemática, básica y esencial en la vida cristiana y que tiene como finalidad acompañar a los que se inician a entrar en comunión con Cristo por su participación en la vida eclesial. Simplemente manifestamos que en esta catequesis iniciática el catecismo es un referente, pero no un sustituto. Él tiene la virtud de iluminar el misterio de Jesús de Nazaret que el que se inicia busca como Maestro y Señor, pero no entrega ese misterio; él ayuda a desentrañar su presencia en la vida eclesial, pero no sustituye el dinamismo propio del proceso iniciático por el que el discípulo, en gracia y libertad, se identifica con su Señor. Como afirma el cardenal Ratzinger: «El Catecismo está subordinado a este concepto de catequesis. No quiere otra cosa que ser voz de Cristo y acompañamiento en el camino catecumenal, en el proceso de incorporación –tanto vital como intelectual– a la comunidad de los discípulos de Jesucristo, discípulos que han llegado a ser su propia familia al estar todos unidos en la voluntad de Dios (cf. Mc 3, 34s)»⁷².

68 J.M., ESTEPA LLAURENS, «La iniciación cristiana a partir del concilio Vaticano II. Vivencia personal y eclesial», en *Idem*, *La catequesis en la misión de la Iglesia. Escrito catequéticos 1960-2010* (BAC, Madrid 2015) 199-228.

69 Cf. *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, cap. IV; PABLO VI, exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* (8.XII.1975) 44; JUAN PABLO II, exhortación apostólica *Christifidelis laici* (30.XII.1988) 61; FRANCISCO, carta encíclica *Lumen fidei* (29.VI.2013) 40-45.

70 Por solo señalar algunas referencias recientes, cf. Conferencia Episcopal Española, *La Iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (1998); Les Évêques de France, *Texte national pour l'orientation de la catéchèse en France. Et principes d'organisation* (2006); Conferenza Episcopale Italiana, *Incontriamo Gesù. Orientamenti per l'annuncio e la catechesi in Italia* (2014); Consejo Episcopal Latinoamericano (Departamento de Misión y Espiritualidad), *La alegría de iniciar discípulos misioneros en el cambio de época. Nuevas perspectivas para la Catequesis en América Latina y El Caribe* (2015).

71 Aunque esta referencia catecumenal-iniciática atraviesa todo el Directorio es explicitada de un modo especial en los números 63-68 y desarrollada en el capítulo III de la Primera parte (77-90).

72 J. Ratzinger, *Evangelio, catequesis, catecismo* (Edicep, Valencia 1996) 46.

3. *Algunas claves para el uso del catecismo en la actividad catequizadora*

Si duda que el enunciado que encabeza este punto pide un desarrollo mayor, sin embargo nosotros nos vamos a limitar a indicar cinco claves. Claves que, a nuestro parecer, vienen a incidir en aspectos mayores de la actividad catequizadora.

- El “catecismo” y el “directorio” referentes de la acción catequizadora de la Iglesia local⁷³. El obispo es el primer responsable de la catequesis de su diócesis, él tiene una especial responsabilidad en el ministerio catequético que en ella se desarrolla. Su intervención no se reduce a la promulgación de los catecismos, también tiene el deber de ofrecer las orientaciones necesarias que ayuden a articular el ministerio catequético de su Iglesia particular. Estas orientaciones, recogidas en un directorio, emanarán de los principios teológico-pastorales comunes a la Iglesia universal, pero ofrecerán la concreción necesaria para ser un referente en el ejercicio de la transmisión de la fe que se lleva a cabo en la diócesis. Catecismo y Directorio poseen un carácter complementario.
- El catecismo referente del contenido pero también de la pedagogía de la fe. Al pensar en la transmisión de la fe, «se cae con facilidad en el dualismo “contenido-método”, con reduccionismos en uno u otro sentido»⁷⁴. En realidad, se ignora que la revelación acontece con obras y palabras intrínsecamente ligadas y que, por tanto, su actualización, al servicio de la cual está la catequesis, no solo acontece por el sostenimiento de una ortodoxia doctrinal, sino también por la reproducción de unos modos de hacer que actualiza los modos de actuar de Dios. “La pedagogía de la fe”⁷⁵, antes que derivar de las ciencias humanas (lo cual no niega la aportación que estas puedan hacer), deriva de la pedagogía divina; ella ha de ser testimonio de la condescendencia con la que

73 Cf. DGC 120. Lo que el *Directorio* dice en este número sobre el CCE y el propio DGC, puede decirse de un modo analógico de los catecismos y de los directorios que se promulguen en una diócesis.

74 Cf. DGC 30g.

75 Cf. DV 2.13.15; CT 52; DGC capítulo I de la Tercera parte.

Dios se acerca a cada uno de los que se inician en la fe. El catecismo no sólo es referente del contenido de la fe, también lo es de su pedagogía, entendida esta desde una perspectiva teológica.

- El catecismo entra a formar parte de la catequesis por mediación de los catequistas. En efecto, los catequistas reciben su misión por parte de quien representa el obispo, pero su actividad la ejercen a partir de su consagración bautismal, la cual les hace partícipes del oficio profético de Cristo. Por el bautismo, los catequistas (la mayor parte laicos) poseen un sentido de la fe que nos solo les permite conocer por connaturalidad las cosas de la fe, sino que también les da capacidad para dar testimonio de ellas y poder trasmitirlas⁷⁶. Este sentido de la fe que el bautizado recibe por gracia (*sensus fidei fidelis*), lo desarrolla en la medida en que, entre otras cosas, participa de la vida de la Iglesia, mediación del sentido de la fe del conjunto de los creyentes (*sensus fidei fidelium*). El catecismo recoge este sentido eclesial de la fe con garantía de verdad, y de este modo se convierte en instrumento privilegiado para la formación de los catequistas. Será por la fe de los catequistas que ha alimentado, que ante todo el catecismo alcanzará y enriquecerá la catequesis.
- Junto con la Sagrada Escritura, el catecismo es referente del acto catequético. No lo es “la sola Escritura”, tampoco “el solo catecismo”, pero menos lo son “los solos materiales catequéticos” que la mayoría de las veces acaparan la acción catequizadora. Los textos bíblicos dan testimonio de un acontecimiento que es real y es salvación para el ser humano; pero es el catecismo, adaptado a los destinatarios por el testimonio y la palabra del catequista, el que ayuda a reconocer su actualidad en la vida de la Iglesia e invita a penetrar su misterio. La Palabra ha de ser proclamada por mediación del texto bíblico, pero esa misma Palabra se ha de poder reconocer en la carne de la Iglesia y del propio creyente por la luz que arroja el testimonio de fe del catecismo.

76 Cf. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *El «sensus fidei» en la vida de la Iglesia*, o.c., 48-65.

- El catecismo a servicio de una catequesis mistagógica. El catecismo sirve a la comunicación de la fe, en la medida en que facilita la experiencia de fe. Así es, la historia, la comunidad eclesial, la vida de los sujetos son ámbitos donde acontece, de manera diversa, el misterio de salvación revelado por Cristo. Lo actualiza la acción misteriosa, pero real del Espíritu. La fe no se alumbra hasta que el creyente no se confronta con el acontecimiento de la fe y hace experiencia de él. A este respecto, para el buen uso del catecismo resulta muy iluminador el siguiente texto del CCE que comenta una cita de santo Tomás: «No creemos en las fórmulas, sino en las realidades que éstas expresan y que la fe nos permite “tocar”. “El acto (de fe) del creyente no se detiene en el enunciado, sino en la realidad (enunciada)”. Sin embargo, nos acercamos a estas realidades con la ayuda de las formulaciones de la fe. Estas permiten expresar y transmitir la fe, celebrarla en comunidad, asimilarla y vivir de ella cada vez más»⁷⁷. El catecismo debe ayudar a que la catequesis penetre la densidad de real y promueva la experiencia del misterio que le habita y tiene un nombre: Jesucristo.

IV. Conclusión

Terminamos nuestro trabajo con unas palabras del prefacio del *Catecismo Romano* que el propio CCE retoma en el prólogo. Esta cita procedente de los dos catecismos que la Iglesia ha promulgado para la catolicidad tiene un especial interés, no solo porque manifiesta claramente la distinción entre el catecismo y la catequesis, sino que además pide el esfuerzo de adaptar la enseñanza del misterio de la fe que testimonia ambos Catecismos a la situación (de fe, cultural, social...) de los destinatarios, labor que, en un primer esfuerzo, corresponde a los catecismos locales y después al propio catequista: «El que enseña debe hacerse todo a todos, para ganarlos a todos para Jesucristo (...) ¡Sobre todo que no se imagine que le ha sido confiada una sola clase de almas, y que, por consiguiente, le es lícito enseñar y formar igualmente a todos los fieles en la verdadera piedad, con un único método y siempre

⁷⁷ CCE 170, cita de S. Tomás de Aquino, S.Th. II-II, 1, 2, ad 2.

el mismo! Que sepa bien que unos son, en Jesucristo, como niños recién nacidos, otros como adolescentes, otros finalmente como poseedores ya de todas sus fuerzas (...) es necesario tener en cuenta cuidadosamente quiénes pueden necesitar leche y quiénes otro alimento más sólido (...). El Apóstol (...) señaló que había que considerar que los que son llamados al ministerio de la predicación deben, al transmitir la enseñanza del misterio de la fe y de las reglas de las costumbres, acomodar sus palabras al espíritu y a la inteligencia de sus oyentes»⁷⁸.

78 CCE, Prólogo 24, cita del Catecismo Romano, Prefacio 11,